



BRUMA NEGRA

LANBRO BELTZA

Plentzia Beltza

Calibre .38

VIII Concurso Internacional de Relato Bruma Negra

Convoca: Ayuntamiento de la Villa de Plentzia

Organiza: Revista Calibre .38

VIII Concurso Internacional de Relato Bruma Negra

El jurado del VIII Concurso Internacional de Relato Bruma Negra (modalidad castellano) convocado por el Ayuntamiento de la Villa de Plentzia, compuesto por Laura Balagué, Juan Mari Barasorda, Javier Abasolo, Noemí Pastor y Ricardo Bosque, este último en condición de presidente del mismo, ha decidido otorgar el primer premio a Elio Puntieri por su relato “Un cheque de ocho ceros”, presentado con el seudónimo Rogelio Waitman. Los otros cuatro autores y relatos finalistas han sido:

“Demasiado joven para morir”, de Rosalía Guerrero Jordán

“Unidos por la carne”, de Julián Granado Martínez

“El anillo de Jarabo”, de Beatriz Osa Fernández

“Campeones de Europa”, de Felipe de Luis Manero

En Plentzia, Bizkaia, a 6 de julio de 2020

Índice

<i>Un cheque de ocho ceros</i> , Elio Puntieri	4
<i>Demasiado joven para morir</i> , Rosalía Guerrero Jordán	18
<i>Unidos por la carne</i> , Julián Granado Martínez	31
<i>El anillo de Jarabo</i> , Beatriz Osa Fernández	43
<i>Campeones de Europa</i> , Felipe de Luis Manero	52

Un cheque de ocho ceros

Elio Puntieri

Pensaba servirse un whisky, pero cuando abrió la alacena descubrió que lo que quedaba en la botella no alcanzaba ni para media medida. Había un gin pero le pareció demasiado veraniego y un vodka barato pero no quería amanecer al día siguiente con resaca y tener que llevar el cheque en un estado lamentable. Así que buscó un poco más y encontró un cognac que no parecía ser tan malo. No recordaba si se lo habían regalado, pero para una noche otoñal era ideal. Supuestamente el cognac se sirve en copas de boca angosta para mantener el calor. Pero no tenía, así que lo sirvió en una copa de vino tinto. Tuvo que enjuagarla para sacarle algunas cotorritas de la luz que habían muerto dentro. Morel solía tomar el vino en vaso.

Volvió a su estudio y se sentó nuevamente en el escritorio. Junto a la computadora estaba el cheque que al día siguiente tenía que entregarle en mano a Belén Fernández, la beneficiaria del

millonario seguro de vida de Alberto Castellani, el empresario de 62 años que hacía ya un año había desaparecido misteriosamente.

Y aunque tanto él como el fiscal y la policía estaban convencidos de que Belén lo había matado, no pudieron encontrar una sola prueba que la incriminara. Con apenas 26 años, ella había soportado el acoso, las amenazas y los aprietes de toda la fuerza pública sin quebrarse nunca. Logró manejarse muy bien y sabía que su pasado jugaba a su favor. Belén sabía ocultarse bajo un manto de inocencia que llevaba a que algunos la subestimaran. Hasta poco antes de casarse con Castellani había sido una provocativa e histriónica instagramer que lucía cada centímetro de los tatuajes de su piel. Pocos entendían cómo los mundos de dos personas de una realidad tan disímil se habían cruzado, pero había que reconocer que ambos renunciaron a todo para estar juntos. Ella cerró su cuenta y el empresario se divorció y cortó vínculos con toda su familia.

Morel se había sumado a toda esta búsqueda nueve meses después de que el auto apareciera abandonado en una calle de tierra en Tigre. Sin embargo había seguido el caso por los noticieros y los programas de interés general. El chófer de una combi que pasaba diariamente por el lugar encontró el Audi abandonado con la puerta trasera abierta y llamó a la policía. Nunca hubo un pedido de rescate ni un contacto de los secuestradores. Simplemente desapareció. Los medios especularon desde un ajuste de cuentas

narco hasta una abducción extraterrestre. Al poco tiempo la historia comenzó a desaparecer de los portales. Los periodistas no pueden esperar a que pase algo.

Fue Aguirre, el director de fraudes de La Anglo-Argentina Seguros, el que lo llamó para sumarlo a la investigación por parte de la empresa. En tres meses se cumple el año y el juez va a dictaminar la desaparición definitiva, así que vamos a tener que pagarle a esta hija de puta dos palos verdes de seguro. Andá y encontrá algo, porque siento acá —dijo con vehemencia golpeándose el pecho— que ella tuvo algo que ver.

Ahora, mientras calentaba el cognac en la palma de la mano, volvió a repetir lo que pensó aquella vez. No tiene sentido todo esto. La policía la dio vuelta y no encontró nada. No tiene sentido. Sin embargo le puso el alma a la investigación, pensando más que nada en su comisión del 10 % en caso de que encontrara algo que pudiera evitar el pago de ese seguro.

Primero mensajó a Jesús, su informante en Tribunales, para pedirle los detalles secretos de la investigación. Siempre había. Era más lo que no se contaba que lo que se contaba. Y por lo general eran datos más interesantes que lo que los periodistas tribunalísticos solían contar. Y mientras esperaba decidió arreglar una entrevista con Belén, haciéndose pasar por un empleado de la compañía de seguro. Ella no evitaría ese contacto. La casa de grandes ventanales frente al río en Nordelta no era ni más ni

menos espectacular que otras que había visto mientras rodaba por los zigzagueantes senderos a bordo de su Peugeot 404. Lejos de lo que había pensado en su momento, el auto no desentonaba con el lugar. Había visto otros vehículos de colección en el trayecto. Temió que quizás él, que se creía un tipo simple y de barrio, tuviera alma de buen vecino de Nordelta.

Una mucama le abrió la puerta y lo dejó pasar sin siquiera mirarlo. Y un hombre joven de traje que se presentó como el abogado de Belén, le estrechó la mano y cerró la puerta detrás de él. No terminó de decir mi clienta ya baja, que escuchó los pasos descalzos de la chica descendiendo por las escaleras. Llevaba un pantalón negro engomado y una remera blanca holgada. Tenía la mirada penetrante y serena, reforzada por un maquillaje que resaltaba los ojos de color verde profundo. No era alta, pero toda ella transmitía superioridad. Morel pensaba que la conversación la iba a llevar el abogado, pero fue Belén la que respondió todas las preguntas con una convicción arrolladora. Incluso cuando el hombre intentó hacer algún comentario, ella lo hizo callar apoyándole la mano en la pierna y hablando encima. El cuestionario había sido bastante general y se ciñó a lo que el empleado de una compañía de seguros puede consultarle a un beneficiario. Belén se mantuvo relajada y hasta sonrió en algunas oportunidades. Pero en cuanto Morel intentó aprovechar el relajo para pasar a otro plano, la actitud de ella cambió notoriamente.

—¿Cómo lo conociste a Alberto?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Eso es muy personal...

—Son preguntas que debemos hacer —mintió.

—¿Pero qué tiene que ver con mi seguro?

—¿Su seguro?

Belén se levantó del sillón y no necesitó elevar la voz para que Morel se sintiera intimidado. El abogado pareció sorprendido pero en ningún momento intentó frenarla.

—Yo no creo que sean necesarias más preguntas, y mucho menos que sea apropiada para la situación que me toca vivir, caballero. La entrevista terminó.

Morel se disculpó y ella de manera distinguida pero contenida le dio la mano y volvió a subir las escaleras.

Ocho ceros. Morel nunca había visto tantos juntos en un solo cheque. Mañana una mujer se convertiría en millonaria y de alguna forma se lo merecía. Él no era quién para juzgar los actos de nadie, pero además si realmente había cometido un crimen lo había hecho de forma tan elegante y profesional, que quizás merecía todos esos ceros mucho más que unos cuantos ladronzuelos que pululaban a pocos metros de su casa.

Se levantó para servirse otro cognac. No le interesaba hacer un

recuento de todo lo vivido. Solamente sabía que no iba a poder dormir. Vivía con el sueño cambiado. Y eso le hizo recordar la medianoche en que lo llamó Jesús para contarle en persona lo que había averiguado. Como siempre, se encontraron en el paredón del cementerio de la Chacarita. Mientras caminaban a lo largo de Jorge Newbery, Jesús terminó de colocar un cigarrillo en la boquilla y empezó a soltar la lengua.

—Te cuento algo que no está en el expediente: ¿sabés cómo se conocieron Alberto y Belén?

—Se lo pregunté a ella hace unos días y me echó de la casa.

—No me extraña. En una red social de sadomasoquistas.

—Apa.

—Hay una especie de web donde se conocen, intercambian experiencias, organizan reuniones y todo eso.

—¿Todo legal?

—Todo legal. Todos mayores. Todo consensuado. Nada raro.

—Bueno, eso te parecerá a vos...

Jesús ignoró el comentario irónico de Morel y continuó hablando.

—Se conocieron ahí y se vieron en una reunión.

—Y ella era dominadora.

—Sí, ¿cómo sabés eso?

—Si la conocieras lo sabrías. Entonces, ¿vos decís que a la piba

se le fue la mano en algún juego?

Jesús elevó los hombros y no emitió sonido. Luego sacó el celular y mandó un mensaje

—Escribale a este tipo que te acabo de pasar. Es uno de los que organiza las reuniones. Es informante mío.

—Las cosas que debe saber...

—Preguntale sólo sobre Castellani y la piba. No te hagas el boludo.

Morel sonrió pero Jesús lo miró totalmente serio.

—No entiendo, ¿por qué la cana no investigó esto?

—Yo no dije que no lo investigó, dije que no está en el expediente. Hay mucha gente grossa que visita ese lugar. Nadie quiere abrirle esa puerta al periodismo.

Dio una larga pitada a la boquilla, largó el humo y agregó.

—Ni el periodismo quiere abrir esa puerta.

Se despidieron y cuando Morel estaba a punto de subir a su auto, Jesús le gritó desde la otra vereda.

—Ah, una cosa más, ¿sabés cuanta guita tenía Castellani?

—Millones.

—Cero.

—¿Cero?

—Cobraba un sueldo como CEO de su empresa, pero tenía todo a nombre de sus hijos y en un fideicomiso. Fue el acuerdo de separación. Belén no iba a heredar nada.

—Solo tenía el seguro de vida... —agregó Morel.

Jesús sólo sonrió y se fue.

La Mansión Sade no era ninguna mansión. Era simplemente una casa grande en el barrio de Colegiales. Por fuera no tenía ningún tipo de identificación, pero una vez que se cruzaba la puerta tenía toda una decoración gótica y oscura. Al cruzar la puerta uno descubría un gran salón con sillones de cuero negro y cuadros con ilustraciones eróticas. Una de las paredes tenía una biblioteca repleta de libros de la misma temática entre los que se destacaban los clásicos de Sade. En otra pared, había un mueble repleto de diferentes elementos temáticos. Collares, esposas, cadenas, fustas, cuerdas, látigos y mordazas. El hombre se presentó como administrador de la casona y luego de hacerle un recorrido por el lugar, fueron a uno de los cuartos en el que se destacaba una cruz de madera en forma de X de unos dos metros de alto con grilletes en los extremos. No había que tener mucha imaginación para saber para qué servía.

—Este era el cuarto que más usaban Peti y Ama Zaphira.

—Alberto y Belén, ¿no?

—Nosotros no nos llamamos por nuestros nombres reales.

—Entiendo. ¿Se conocieron acá?

—Se conocieron en la web, acá se vieron personalmente. Ella venía hacía mucho tiempo y él se sumó hace pocos años. Nos dijo que quería experimentar.

—Y acá empezaron a jugar, digamos.

—A sesionar, decimos nosotros. Y desde un comienzo fueron tal para cuál. Ella había tenido otros esclavos... pero ninguno había podido complacerla tanto.

Morel se imaginó por qué, pero mostró una expresión de sorpresa para que el hombre se lo explicara.

—...digamos que ella era muy intensa, muy extrema.

—Muy mala.

—Nosotros no nos referimos en términos de maldad.

Pero la puta madre, pensó Morel. Y trató de armarse de paciencia para seguirle el hilo sin sumar comentarios.

—Entonces decías que fueron tal para cual.

—Sí. Sesionaron el primer día y no se separaron más. Él tenía un umbral de dolor y humillación muy alto. Parecía no tener límites.

—¿Vos los veías? Digo, ¿las sesiones eran públicas?

—Ella lo ataba a esta cruz y nos hacía pasar a varios para que lo viéramos. Era parte de la humillación.

—Y a él no se quejaba.

El hombre sonrió antes de contestar, como si la pregunta hubiese sido absurda.

—Ya te dije: era muy extremo.

—¿A qué nivel?

-Dolor, humillación, asfixia, bondage, feminización, lluvia dorada, electrocución, piercing, agujas, flagelación...

Morel escuchó la enumeración con todas las variables y en ese momento le vino una idea a la cabeza.

—¿Pudo haber, digamos... un juego de esos que se le haya ido de las manos sin querer?

El hombre sólo levantó las cejas y elevó los hombros.

—Es difícil. Ella sabía lo que hacía muy bien.

—O sea, no pudo haber pasado.

—No pudo haber pasado sin querer.

No hizo falta agregar más. Morel siguió con el interrogatorio.

—Entonces se conocieron y empezaron a salir.

—Acá no nos referimos en esos términos.

—Bueno, pero se casaron —dijo Morel ya con poca paciencia—, más allá de cómo lo digan ustedes, formalizaron un contrato civil.

El hombre balanceó la cabeza.

—Bueno, sí... digamos que para la sociedad se casaron. Para nosotros firmaron un contrato que los unía como dómina y esclavo. Él quería algo más fuerte y ella le puso como condición que se divorciara y se casaran. Fue como un castigo más.

Eran ya las 5 de la mañana cuando luego de dar vueltas en la cama durante cuatro horas, aceptó que no iba a poder dormir. Cada vez que se relajaba aparecía otra vez en el lugar donde apareció el auto. Recordaba haber caminado de punta a punta por esa cuadra, que no era tan marginal como decía el expediente. Era simplemente una calle de tierra en un barrio de clase media baja. Pero aunque no era peligroso, definitivamente no era un lugar habitual para encontrar un Audi y menos con una de las puertas totalmente abierta. La puerta trasera, recordó Morel. Eso fue lo que más llamó la atención del chófer de la combi que dio aviso a la policía. Él mismo se lo confesó cuando lo entrevistó. Sí, paso todos los días por este barrio. Sí, llevo a los trabajadores a la mañana y los traigo a la tarde. No, nunca había visto ese auto por acá. Acá los autos se parecen más al suyo que a ese Audi. A Morel no le causó gracia el chiste.

Fue hasta la cocina por un vaso de soda y en el camino siguió dándole vueltas al asunto como venía haciéndolo en los últimos dos meses. Se sentía tan frustrado como Aguirre. Yo contaba con que vos ibas a resolver esto, Morel. Los dos sabemos que la mina lo mató pero no pudiste encontrar el cuerpo.

No es fácil esconder un cuerpo. Para nadie es fácil, por más ayuda que haya tenido. En la desesperación Morel quebró los códigos de los informantes y logró que Aguirre apretara al fiscal para allanar a los que participaban en las reuniones de la Mansión de Sade. Y nada. Me hiciste quedar como un boludo, Morel. Tomá, da la cara y mañana llevale vos el cheque a esta hija de puta y al bufarrón ese que tiene de abogado. Yo no la quiero ni ver.

Amaneció fresco pero con un sol otoñal. Luego de darse una ducha, se vistió y se tomó un café bien fuerte. Se calzó los anteojos oscuros y salió rumbo a Nordelta.

Eran casi las 8 de la mañana y calculó llegar a las 9, pero a las 8:40 ya estaba frente a la casa. Había dos autos estacionados. Uno debía ser de Belén y otro del abogado, que ya no le interesaba disimular que dormía ahí todas las noches. La empleada limpiaba los ventanales de la planta más alta. Se quedó en el auto haciendo tiempo y escuchando la radio mientras el sol le pegaba de frente en la cara. Una combi pasó junto a su auto y paró a unos veinte metros. Bajó de ella un hombre con una tijera de podar, un overol blanco y un sombrero de paja. El uniforme perfecto del jardinero. ¿Todos en ese lugar usaba uniforme? El cansancio no lo dejaba pensar nada coherente. El hombre del overol se alejó con la tijera al hombro.

Morel decidió bajarse del auto antes de quedarse dormido. Todavía no eran las 9, pero subió los escalones hacia la puerta y

de pronto como si fuera un flash, una idea pasó por su cabeza. Algo tan absurdo que no podía saber si venía de su lado consciente o inconsciente. Lo dejó flotar en su mente y tocó el timbre. El abogado de Belén lo recibió con una sonrisa y lo hizo pasar. Ocho ceros en un cheque merecían más que eso. Por lo menos un abrazo. Un whisky etiqueta azul. No importaba que fueran casi las 9 de la mañana. Llegó más temprano, ¿no? Sí, había poco tránsito. Ah, sí, es verdad, bueno Belén está terminando de bañarse. Ya baja, pero siéntese. ¿Le traigo un café? Sí, por favor. El abogado se fue hacia la cocina. ¿No había una mucama para traer el café? La idea que había empezado a germinar en su cabeza creció un poco más. Ya no podía quedarse con la duda. La suerte estaba echada y no había ningún riesgo. Él era el que tenía un cheque de ocho ceros en su bolsillo. Nadie se animaría a enojarse demasiado, hiciera lo que hiciera.

Dejó los zapatos al pie de la escalera y comenzó a subir. Era su momento. Pasó frente al baño. El agua de la ducha seguía corriendo. Caminó hasta el cuarto de los grandes ventanales. La mucama seguía en su mundo, pasando el limpiavidrios. Morel se acercó sin hacer ruido hasta estar casi a dos metros de ella. Al parecer, la mujer sintió su presencia porque quedó paralizada con la franela apoyada sobre el vidrio. Apenas giró un poco la cabeza. Morel dio un paso más y le arrancó la peluca. Ahí estaba la mucama que se había cambiado en el asiento trasero de su propio

Audi. La mucama que renunció a todo y subió a una combi para comenzar su nueva vida.

El señor Alberto Castellani no pudo decir una sola palabra. Sólo se dio vuelta y miró a Morel con una expresión suplicante y los ojos llenos de lágrimas. No era el dolor que le gustaba. El hombre que había llegado al extremo de renunciar a su vida y convertirse en esclavo, suplicaba porque no quería volver ser libre.

Elio Daniel Puntieri nació en la ciudad de Buenos Aires el 19 de enero de 1972 y se gana la vida como creativo publicitario. Inició su carrera en los años 90 como redactor en agencias de publicidad, hasta llegar con el tiempo a convertirse en Director Creativo de varias señales de TV internacional de Turner, Warner, FOX y AMC. Actualmente ocupa la misma posición dentro de National Geographic Latinoamérica.

Si bien durante gran parte de su vida se dedicó a escribir cuentos de diferentes temáticas, desde 2014 se enfocó en la temática policial, inspirado en un comienzo tanto en la novela negra americana como en autores más actuales como Vázquez Montalbán, Mankell, Camilleri y Sasturain.

Camilo Morel, el personaje del cuento, protagoniza también dos novelas y algunos otros relatos que aún no fueron publicados.

Demasiado joven para morir

Rosalía Guerrero Jordán

El teléfono del comisario Martínez estalla en el silencio de la habitación. Ha vuelto a olvidar silenciarlo, quizás en el fondo desea una llamada que le saque de allí. Murmura una maldición y sale al largo pasillo de la planta séptima de la torre F del Hospital La Fe de Valencia.

¿Dónde lo han encontrado? —Martínez escucha durante unos segundos. Después contesta—. Voy para allá, estoy al lado.

Manuel Martínez vuelve a entrar a la celda blanca en la que duerme su hijo rodeado de una nube de tristeza. Se acerca para besarle en la frente, pero un centímetro antes de hacerlo se separa de él con brusquedad. Mejor no turbar su sueño tranquilo. Después de pasar por el mostrador de enfermería para dejar constancia de su huida, se dirige al ascensor y pulsa el botón de

llamada. A su derecha una pared de cristal le muestra las fronteras de la ciudad: las líneas paralelas infinitas de los ferrocarriles de cercanías, la huerta que todavía sobrevive, y la V-30 bordeando la hendidura del cauce que desvió el Turia para siempre. A pesar de la oscuridad, puede también divisar a su izquierda las grúas del puerto. El sonido del ascensor al abrirse le hace dar un respingo.

Al salir a la calle siente la humedad del invierno mediterráneo atravesando la ropa. Se sacude la bandada de negros pensamientos y comienza a caminar por el aparcamiento, a esas horas casi desierto. Al llegar al puente de Ausiás March, salida de Valencia hacia el sur, gira a la izquierda, y camina unos metros más hacia la última rotonda de la ciudad. Desde allí puede ver dos coches patrulla, justo en la valla que rodea el edificio abandonado de unos antiguos laboratorios farmacéuticos. Un mar de hierbas ha roto lo que en su día fue un amplio aparcamiento.

Martínez se abre paso entre la maleza hasta alcanzar el perímetro marcado por los agentes.

—¿Quién está al mando? —pregunta a la vez que muestra su placa.

—La inspectora Clara Climent, de la judicial —le contesta el más joven, franqueándole el paso.

Casi nadie denuncia la desaparición de heroinómanos, a menos que éstos sean demasiado jóvenes para morir. Si además

pertenecen a una de las familias más adineradas del centro de la ciudad, los teléfonos comienzan a sonar y la búsqueda se vuelve prioritaria.

Es lo que ocurrió el lunes, hace ahora cinco días, cuando entró la primera llamada a la centralita. Aquella mujer insistió en hablar directamente con el comisario Martínez. Por suerte para ella, el comisario se encontraba disponible. Con voz aguda y estridente le relató la desaparición de su hijo. Había salido el domingo por la tarde a dar una vuelta. Al no volver, y debido a sus problemas de salud, sus padres intentaron localizarlo sin éxito hasta ese mismo momento, en que habían hecho la llamada.

Tenía libre el fin de semana para estar en casa, pero ahora mismo debería estar regresando al centro residencial en el que está ingresado para tratar su adicción —dijo la mujer, algo más calmada—. Comisario, es un buen chico, pero las malas compañías...

La inspectora Climent se acerca a saludarlo. Detrás de ella un equipo de la científica realiza la inspección ocular alrededor del cadáver. Al fondo de la nave una chica demacrada de ojos saltones bebe algo caliente que le ofrece un agente.

—Parece que el caballo ha vuelto, como hace cuarenta años — dice Clara al estrecharle la mano.

—Así es. Hubo un momento en mi vida en que el que todos mis

amigos o estaban muertos, o en la cárcel —contesta Manuel—. Yo pude escapar.

—Ah, vaya —la inspectora lo mira sorprendida y continúa—. Esa chica de ahí es la que ha llamado.

—¿Ha visto algo?

—No. Dice que llevaban varios días aquí, metiéndose lo que tenía Álvaro. Al parecer era una mierda bastante pura. Después del último pico se quedó dormida y cuando se ha despertado se lo ha encontrado así.

Uno de los agentes se les acerca e interrumpe la conversación.

—Inspectora, sigue el patrón, aunque esta vez no les ha dado tiempo.

—¿Qué patrón? —pregunta Martínez.

—En los últimos meses han aparecido varios cadáveres de heroinómanos con —Clara titubea— una extraña peculiaridad. Me explico: a pesar de ser una muerte por sobredosis, a los cadáveres se les había extraído alguno de los órganos previamente.

—¿Quieres decir que se los extraen y luego les dan la última dosis? —Manuel Martínez la mira desconcertado.

—No siempre. En la mayoría de los casos la extracción se ha hecho un tiempo antes. Creemos que las propias víctimas

vendieron sus órganos, o parte de ellos, pues sus entornos coinciden en que un buen día aparecieron con los bolsillos llenos de jaco.

—¿Y quién puede querer el órgano de un yonqui? —pregunta Martínez.

—Aun no te he dicho que todos eran muy jóvenes, adictos desde hacía poco tiempo, o que habían estado un tiempo limpios y acababan de recaer.

—Álvaro, el chico —el comisario mira hacia donde se encuentra el cuerpo—es de buena familia, no tenía necesidad de dinero.

—Cierto —dice la inspectora—. Te he contado el patrón general que hemos detectado. Sin embargo, no siempre es exactamente así: en un par de ocasiones les han extraído los órganos sin venta previa, para después deshacerse de los cadáveres. Y creemos que eso es lo que ha ocurrido esta vez.

—Sólo que esta vez no les ha dado tiempo a llevárselo y el chico, al parecer, ha muerto desangrado —explica el agente que había permanecido callado.

—Es posible que le proporcionaran la heroína y le siguieran para pillarlo desprevenido —la inspectora Climent, más que hablar piensa en voz alta—. Si han tardado cinco días en hacerle esta barbarie es porque estaba acompañado. Y lo han tenido que hacer aquí, de prisa y corriendo, antes de que despertara la chica.

Mientras levantan el cadáver el comisario Martínez no deja de darle vueltas a las palabras que les dirá a los padres. Nunca le gustó la gente que presume de alcurnia y opulencia, esas personas que por cuna y herencia tienen la vida resuelta, por mucho que se empeñen en decir que trabajan duramente. Duro trabajó su madre, que después de escapar de un marido violento se dedicó a fregar de rodillas los suelos aristocráticos de la ciudad por cuatro pesetas.

Pero nadie se merece ver morir a un hijo.

Una hora después llega a la comisaría del distrito Centro. De camino ha parado en su casa, en el barrio de Ruzafa, a darse una ducha. Su mujer ya está levantada, a punto de salir hacia el hospital.

—¿Cómo está el chico? —pregunta.

Manuel no dice nada, solo la abraza y le acaricia los cabellos, que se han tornado blancos en el último año, desde que les dieron el diagnóstico.

La inspectora Climent llega poco después, y juntos se dirigen a uno de los palacetes de la céntrica calle Caballeros. El matrimonio les espera, ella con la mirada perdida de quien recurre a la química para conciliar el sueño, él con el semblante de haber perdido toda esperanza.

Son necesarias pocas palabras para dar una noticia que temen

desde hace días. Pero después de escuchar las circunstancias en que lo han encontrado, la rabia y el dolor estallan en la sala.

—¡Quiero que encuentren a los hijos de puta que le han hecho esto a mi hijo! —exclama el padre, mientras la madre se derrumba entre sollozos.

—Tenga por seguro, señor Valdelaguna, que ... —las palabras de la inspectora son interrumpidas de manera abrupta.

—¡Esto no va a quedar así, panda de incompetentes! —el padre alza de voz al tiempo que su rostro comienza a enrojecer—, ¡si lo hubieran encontrado solo unas horas antes mi hijo todavía estaría vivo!

—Por favor, Alfonso, cálmate —le implora la mujer desde su desconsuelo.

—¡Fuera de mi casa, y no vuelvan hasta haber detenido a los culpables! De lo contrario, yo mismo me encargaré de acabar con sus carreras.

Y diciendo esto se gira y sale del salón dando un portazo.

—Disculpen a mi marido —les dice la mujer secándose las lágrimas—. En el fondo se siente culpable —respira hondo y continúa—. Discutió con Álvaro la última vez que lo vio. Yo les diré todo lo que necesiten saber.

Dos horas después Manuel y Clara salen de allí con la sensación de tener un largo camino por delante. Deciden empezar por la

clínica de desintoxicación en la que residía Álvaro desde hacía tres meses.

En poco más de media hora llegan a la puerta de la residencia, ubicada en las inmediaciones de la Sierra Calderona. Después de identificarse frente a la cámara, acceden con el coche por una pista de tierra. Exceptuando la verja electrificada que han dejado atrás, el lugar se asemeja más a un exclusivo hotel rural que a un centro de tratamiento de adicciones. Un hombre con una bata blanca impoluta y el cabello gris perfectamente cortado sale a recibirlos.

—Me llamo Cristóbal Cubells y soy el director del centro —dice tendiéndoles la mano—. ¿Qué se les ofrece?

—Venimos por uno de sus internos, Álvaro Valdelaguna —dice la inspectora Climent.

—Lo imaginaba —continúa el doctor—. He temido por él desde que no regresó el lunes, después del último permiso. Síganme, por favor.

Camina tras él por un pasillo acristalado en el lado izquierdo, desde el que puede verse la frondosa pinada y una piscina cubierta temporalmente. Cristóbal se detiene delante de la última puerta.

—Nos gusta que nuestros clientes disfruten de todas las comodidades —dice al seguir la mirada de la inspectora.

Una vez dentro de su despacho les detalla el historial de Álvaro,

tan semejante y tan distinto a los de la mayoría de almas en pena que entran y salen del lugar.

—Las terapias funcionan, pero el ingrediente imprescindible es la motivación —concluye Cristóbal—, y lamento informarles que Álvaro carecía de ella. Ni siquiera era consciente de que tenía un problema.

—Muchas gracias doctor —le dice la inspectora Climent al despedirse—. Quizás volvamos a necesitar su ayuda durante la investigación.

—Por supuesto, cuando quieran. Aquí tienen mi tarjeta.

Dejan atrás la residencia, pero Clara conduce hasta el pueblo más cercano en lugar de hacia Valencia.

—¿Te importa que vayamos a tomar un café? —pregunta—. Hay algo que quiero comprobar.

Aparcan en lo que parece la plaza principal del pueblo —ayuntamiento frente a la iglesia— y se dirigen al único bar que hay. Varios grupos de jubilados juegan a las cartas o miran el televisor. Clara y Manuel se acomodan en la barra y piden dos cafés. Los toman en silencio, mientras Clara anota algo en una pequeña libreta. Justo cuando van a salir la inspectora se dirige al hombre que hay detrás de la barra.

—Disculpe, pero me gustaría hacerle una pregunta —el hombre la mira sorprendido—. Es sobre la clínica que hay a la salida del

pueblo.

—Ay, yo no quiero decir nada, pero... —baja la voz y se acerca a ella— se cuentan muchas cosas extrañas. Una chica del pueblo empezó a trabajar allí, pero un día desapareció. Dijeron que se había echado un novio forastero y se había fugado con él, pero nadie lo creyó —el hombre para un momento y arruga la frente—. ¿No serán policías?

—¡En absoluto! —contesta Clara—. Hemos ido a informarnos para ingresar a un familiar, pero no nos hemos decidido aún.

—No le ingresen, háganme caso —y diciendo esto se aleja hasta el otro extremo de la barra, donde unos clientes le reclaman.

Al subir al coche el comisario Martínez parece enfadado.

—¡Por favor, Clara! —exclama—, ¿No irás a tener en cuenta lo que ha dicho ese paleta?

—Tranquilo Manuel, sólo estaba tanteando el terreno, nunca se puede descartar nada.

—¡Pero eso son habladurías de gente aburrida! —insiste Manuel—
— Ya sabes cómo son en los pueblos...

—Exactamente Manuel —responde Clara—. Justamente porque se aburren observan lo que otras personas no ven.

En ese momento comienza a sonar el móvil de la inspectora. Con un movimiento rápido pone el manos libres.

—¿Inspectora? —una voz joven resuena en el coche.

—Dime, Paco.

—Hemos encontrado varias huellas en la escena del crimen.

—No esperaba menos. En media hora estoy allí —contesta y cuelga.

Durante varios kilómetros permanecen en silencio, cada uno absorto en sus pensamientos. Al acercarse a la ciudad, Clara mira de refilón al comisario

—¿Dónde te dejo? —pregunta.

—En cualquier boca de metro me va bien.

Antes de entrar al parquin de la Jefatura Superior de Policía, Clara deja a Manuel junto a la parada de Angel Guimerá.

—Seguimos en contacto.

—De acuerdo.

El comisario comienza a bajar las escaleras del metro, pero un pitido del móvil le indica que tiene un mensaje. Lo lee, se pasa la mano por la calva incipiente y sale a la superficie. Camina durante quinientos metros en dirección al viejo cauce y baja al Jardín del Turia. A pesar de la estación invernal el sol se cuela entre las ramas de los árboles. Manuel se sienta en un banco y observa el flujo incesante de personas corriendo en ambas direcciones. Alguien llega y se sienta a su lado.

—Han encontrado huellas —dice el comisario—. Y tienen la tuya en la tarjeta que le has dado.

Entre tu yo, Manuel —la voz del hombre tiene un tono mordaz—, los dos sabemos que los pobres niños ricos nunca se recuperan. Hace falta tener algo por lo que luchar.

—Eres un monstruo.

—Quizás, pero tú no lo eres menos —enciende un cigarrillo y continúa—. Piensa que ahora unos niños casi huérfanos recuperarán a su padre desahuciado.

—Cállate.

—O que unos padres salvarán a su hijo enfermo, todavía demasiado joven para morir.

Silencio.

—Hemos hecho las pruebas a un chico nuevo —vuelve a hablar Cristóbal—. Es compatible con tu hijo.

Silencio.

—¿Sigues interesado? —Cristóbal da una calada larga a su cigarro y lo lanza con los dedos pulgar y corazón, describiendo un semicírculo en el aire—. Si es así, ya sabes lo que tienes que hacer. Y si no, también —una risa ahogada escapa de sus labios—. Sabes que te tengo cogido por los huevos.

Silencio.

—Pobre Manuel —y al decirlo, se pone en pie—, nunca debiste llamarme.

Cuando Cristóbal se aleja lo suficiente, el comisario Martínez entierra el rostro entre las manos y comienza a llorar en silencio.

Rosalía Guerrero Jordán. Nací una primavera de hace cincuenta y tres años en Valencia. Lectora compulsiva desde niña, estudié psicología, pero nunca ejercí. Con mucho esfuerzo y un poco de suerte conseguí una plaza como administrativa en una universidad, y entre el trabajo y la familia, se me fue el tiempo. Tanto, tanto, que hasta dejé de leer.

Pero al pasar la frontera invisible del medio siglo recordé que tenía pendiente una asignatura y empecé a escribir. A pesar de hacerlo por puro placer, comencé a presentarme a concursos para obligarme a encontrar el tiempo que no tenía. Por ello mismo escribo, básicamente, microrrelatos.

Para mi sorpresa, en 2018 gané tres premios en esta modalidad y fui finalista en varias ocasiones. Durante el año pasado también conseguí algunos premios e incluso publiqué en varias antologías, tanto de microrrelatos como de relato corto.

No exagero si digo que escribir es lo mejor que me ha pasado en los últimos años. Y aquí sigo, aprovechando el confinamiento para seguir mejorando cada día un poco más.

Unidos por la carne

Julián Granado Martínez

Una vez visto el juicio para sentencia, el abogado defensor ya ha anunciado su intención de recurrir. Los abogados, siempre dispuestos a elevar recursos. ¡Cómo se conoce que no son ellos los que se sientan en el banquillo!

¿Recurrir la sentencia?, me digo. Bueno, eso habrá que discutirlo más despacio. ¿De nuevo la aglomeración de cámaras ante la puerta trasera de la Audiencia? ¿Los descarnados interrogatorios? ¿De nuevo la presentación de pruebas necrópsicas a cargo del forense?... ¡Qué tipejo, aquel individuo con trazas de Charlot! Mostró un exhaustivo catálogo del periné de las chicas, despatarradas o sujetas de los tobillos, mientras el objetivo recogía meticulosas ampliaciones del esfínter anal. “Los orificios están muy limpios. Penetración no ha habido aquí”, dictaminó con un punto de fruición.

Y para culminar su informe, presentó un primer plano de la decapitación, creo que del último caso. “Observen el tajo en seco que se inicia en el occipucio y separa casi la cabeza del tronco.

¡Observen qué formidable golpe de... cimitarra!”, concluyó arrastrando la erre del arma metafórica. Pretendía impresionarnos con las visiones de la carne mutilada. Pero a mí, la verdad, aquellos despojos se me antojaban como agusanados... Una carne realmente muerta, bien distinta de la que servíamos en la carnicería, roja, palpitante, dócil al filo del acero. Pues el didáctico forense se reservó hasta última hora que la única herramienta de uso común capaz de cercenar así un cuello, limpiamente, era un machete de carnicero.

Así es que no. Definitivamente, y si de mí depende, no habrá solicitud de apelación. Sobre todo, porque no podría soportar de nuevo ver a Antonio tan distante de mí como en las sesiones del juicio. Entre nosotros mediaban apenas unos metros, los que había desde la primera fila del público hasta el banquillo. Pero se diría que nos separaba un precipicio insalvable.

Mientras transcurrió el duro período de instrucción nos habíamos mantenido en estrecho contacto, por más que se interpusiera el grueso cristal de la sala de visitas. Aquella feliz telepatía duró hasta que dio comienzo la vista oral, con la formulación de los cargos, y a Antonio se le cambió la cara.

No era la primera vez que me desconcertaba un cambio en su plácida expresión de siempre, de muchacho de buen conformar, que agachaba nervioso la cabeza mientras las clientas le gastaban bromas. Pullas viperinas acerca de su juventud, comentarios

desvergonzados sobre su habilidad para filetear la carne... de vaca. Yo trataba de infundirle ánimos con alguna señal convenida, haciendo chirriar el cuchillo contra la piedra de amolar o asestando un golpe contra la madera, que ya me hubiera gustado descargar sobre el cuello de todas aquellas lagartas.

“El marido de la carnicera es más joven que ella”. Era algo evidente. Pero seguro que, al cabo de tanta especulación morbosa sobre nuestras ocultas afinidades, nadie había dado con la más elemental: nuestra común afición por la carne. Nuestro mundo, nuestro alimento y nuestra pasión.

Después de que aquellas deslenguadas lo hubieran acharado hasta más no poder, Antonio se refugiaba en la cámara frigorífica. Hasta allí lo seguía yo, y mis manos se llegaban a él por detrás... Tengo unas manos blancas y delicadas como palomas, impropias de este cuerpo mío grande y gordo, al que parecen cosidas. Yo las hacía aletear sobre su entrepierna y notaba cómo iba creciendo, hasta que nos agarrábamos con toda la fuerza de nuestros brazos robustos. La refriega amorosa nos hacía perder la cabeza y el equilibrio, y trastabillábamos entre las faldas de ternera y los costillares y las piernas de cordero que pendían de sus ganchos. Terminábamos por el suelo, sobándonos sin pronunciar palabra. Era nuestra particular venganza contra el rumor de cuchicheos que se filtraba a través del tabique, la clientela desatendida que se despachaba a gusto. “Ella lo mangonea como quiere”. “Él estará

con ella por el dinero, que si no, ¿de qué y de cuándo?”

Dios sabe que, aunque Antonio ha tenido siempre un carácter muy maleable, jamás he pretendido dominarlo. Ni atarlo a mis faldas. Eso sí, lo que nunca he podido soportar es que se me alejara, leerle en la cara que su pensamiento vagaba por regiones desconocidas para mí. Ya he dicho que tuve esa desoladora sensación desde el comienzo del juicio. Y también que ya la había experimentado con anterioridad.

Fue cuando lo sorprendí lanzando ojeaditas mal disimuladas hacia la pescadería de enfrente. La regentaba una familia, físicamente acorde con el producto que vendía, como nosotros con el nuestro. Los pescaderos eran enclenques y descoloridos, como si en vez de huesos tuvieran raspa.

Allí dentro, la luz cenicienta alumbraba las figuras de carcamal del padre y la madre. Y por fuera del mostrador, sin más atractivo que el de su juventud, solía estar la hija disponiendo el género en las bandejas. Como buena, e incluso excesiva continuadora de la tradición familiar, la muchacha estaba esquelética. Tenía los hombros picudos y el pecho plano, y por debajo del delantal asomaban unos muslitos lastimosos, más delgados si cabe que las rodillas.

El forense definiría a las cuatro víctimas según el mismo patrón

corporal, “un percentil de elevada pérdida de peso, originado por un hábito nutritivo hipocalórico”. Anoréxicas, vamos. Claro que contemplando a la chica de la pescadería yo no podía adivinar que, según citaba el informe necrópsico, su hígado estaba ya afectado por la manía de vomitar a escondidas los cuatro bocaditos de pescado que ingería.

Mientras la observaba con atención enfermiza, los ojos de Antonio constituían un misterio para mí. Quizás no miraran a la chica con deseo (instinto que no alcanzo a imaginar cómo podría despertar una criatura tan esmirriada), sino con un sentimiento cercano a la conmiseración. O quizás se fijaba en lo endeble que era aquel cuerpecillo, en cómo se prestaría a ser esclavizado. Así soñarían sus manos con desquitarse de mi estrecho marcaje...

Ante su deslealtad para conmigo, mi primera reacción fue de ira. Que paradójicamente empezó a ceder al percatarme de que él era la primera víctima de aquella fiebre. Dormía con sueño agitado, y a las cinco de la madrugada se iba molido y ojeroso camino del mercado de mayoristas. Las tres horas siguientes eran un tiempo de separación, como siempre hasta que a las nueve volvíamos a encontrarnos en la carnicería. Sólo que ahora la separación continuaba durante toda la jornada.

A las nueve abrían también la pescadería. Eran los padres los que se encargaban. La hija solía llegar tarde, aún con la camiseta negra en la que se leía el nombre de su discoteca favorita,

“Sideralia”... No sé cómo aguantaba. No lo sé, aunque juraría que a base de pastillas.

Antonio no perdía puntada de sus movimientos, él mismo contagiado de aquella molicie que lo distraía, arruinando su pulso de carnicero. A él también se le notaba demacrado, lo que no era de extrañar, teniendo en cuenta que dejaba en el plato casi todo el solomillo.

Las dos semanas que precedieron al primer crimen fueron de un opresivo silencio, apenas cruzado por unas pocas frases. Hasta que la noticia saltó en el informativo de mediodía. Ofrecían una foto de la chica que, faltando a la verdad, recogía los rasgos armónicos de algunos años atrás, que la actual anorexia había desfigurado. Mientras la locutora citaba los datos personales de la víctima, la cámara permanecía fija en el bulto que ocultaba la manta, en espera de las diligencias judiciales. Luego captaba imágenes de los matorrales cercanos, y al fondo el neón psicodélico del “Sideralia”. La losa de un banco de piedra había sido usada como ara de sacrificio. Terminaron mostrando una breve secuencia de los padres, llorando a las puertas del instituto forense.

Ajenos al Telediario que proseguía, nosotros nos miramos a los ojos y comprendimos. Fue como reencontrarse. Nuestras almas respiraban de nuevo satisfechas, más convencidas que nunca de que, cuando se ama, las peticiones de ayuda deben ser atendidas y

las deudas pagadas.

Los días siguientes fueron de alivio. La turbadora interposición de la muchacha anoréxica había desaparecido sin más. Nada que decir de los palos de ciego de la policía, a la que la ausencia de violación dejaba sin pistas. Por más que les intrigara la perversión exhibicionista que le había bajado a la víctima las braguitas, para mostrarle a la eternidad, como un pecado, aquella pelvis de hueso sin carne apenas. Ahora era ése el misterio que desmenuzaban las termitas clientelares mientras Antonio y yo nos metíamos en la cámara frigorífica.

Las semanas se convertían así en meses, el público sensacionalista se aburría y el deseo de olvidar lo irresoluble se iba adueñando de las investigaciones. Entonces apareció por la carnicería aquella señora de una urbanización vecina, acompañada por su hija. Diríase que la traía por indicación médica, como cuando se lleva a un hijo al museo para despertar su interés por las artes. “Lleve usted a la niña a los establecimientos alimentarios, ande, a ver si así vencemos esa aversión adolescente por la comida”.

La pobre muchacha era una copia de la fallecida pescadera, parecidas ambas como se parecen todos los esqueletos humanos. La madre le daba suaves empujones para que se acercara a la

vitrina donde destilaban su jugo las apetitosas chuletas de ternera, las vísceras, el tocino, las pechugas doradas... Atrapada entre el cristal y la incitación materna, la chica envaraba la columna y se echaba hacia atrás con un rictus de asco.

Miré de reojo a Antonio y descubrí que atisbaba a la recién llegada subyugado por aquel arrebató malsano, que yo conocía demasiado bien.

Volvía a comenzar el calvario. Al principio su mutismo, la desazón que le hacía dar vueltas en la cama, a mi lado pero muy lejos de mi cercanía. Luego vendría la inapetencia por las rojas carnes de Ávila, que convertía nuestras comidas en un suplicio. Sabía que, al cabo, se entregaría a un estado de postración que yo sería incapaz de aliviar. Empecé a incubar la certeza de que aquella calamidad era crónica, en cada una de sus recaídas se comportaría como si fuera la primera. De nada hubiera servido convencer a la buena madre para que buscara otra carnicería donde curar a su hija. Antonio, estaba segura de ello, saldría a indagar al amanecer hasta dar con su casa y apostarse ante ella.

El domicilio de la joven se hallaba en un bloque sólo a algunas manzanas de nuestra carnicería. El portal se prolongaba en un pasillo solitario y tortuoso, y en uno de los recodos se la encontró un vecino a las ocho de la mañana. Se estimó que la muerte ocurriría un cuarto de hora antes, cuando la muchacha acudía al instituto, y las circunstancias eran las mismas que perduraban en

la memoria reciente: decapitación por un arma filosa manejada con una fuerza más que considerable, y vejatoria exposición de los estigmas anoréxicos.

Volvimos a disfrutar de un corto período de tranquilidad. Mucho más corto que el anterior. Apenas tuvimos tiempo de aventar el silencio de nuestra casa, y mirarnos a los ojos con un remedo de sinceridad. Antonio sólo había ganado algo del peso perdido, antes de que aquella quinceañera, la siguiente, se instalara en un coche que llevaba meses abandonado en la esquina. Era una medio hippy vestida de harapos orientales, que había empalmado los ayunos voluntarios de su reciente vida familiar con los acarreados por la emancipación. Tenía las ventanillas del Citroën forradas de cartones, y sobre ellos tocaba Antonio con los nudillos, cuando al amanecer volvía del mercado en la furgoneta, para ofrecerle a la vagabunda alguna pieza de carne.

Con gran dolor de mi corazón, yo lo dejaba hacer, consciente de que aquellos estériles actos de caridad no constituían más que pretextos para verla de cerca. Las dádivas absurdas, que terminarían en cualquier parte menos en el cerrado estómago de la desgraciada, durarían un par de semanas. El enésimo e irresistible viaje de Antonio finalizaría cuando hallaron a la indigente con la cabeza por fuera de la ventanilla, casi separada del tronco. De lejos daba la impresión de que la hubiera sacado para vomitar

sangre.

En la carnicería, la clientela ya no murmuraba acerca de la desigual pareja que formábamos Antonio y yo. O de nuestra falta de descendencia, que yo había suplido buscando en la misma persona un marido y un hijo. Ahora las habladurías se centraban en los asesinatos seriados que no daban tregua. Y que se cometían todos “por aquí”, decían dibujando con el dedo una diana en el aire, sin advertir que inconscientemente estaban señalando al epicentro de los horrores.

Era cuestión de tiempo. La última de las víctimas fue una joven que vivía en los altos de la carnicería, en un apartamento que había alquilado. Procedía de un pueblo, y se había mudado a la ciudad porque aspiraba a convertirse en figura de la pasarela. Su carrera adelgazante se vio truncada en el saloncito de su propio piso. Acudió a abrir en paños menores, seguro que esperanzada con que sería su agente que venía a ofrecerle la oportunidad de participar en algún desfile. Ni siquiera miraría lo temprano de la hora, la de costumbre. Cuando aún no había amanecido y Antonio y yo nos perdíamos de vista hasta las nueve.

La sentencia que dicta el juez (treinta años por cada asesinato, más no sé cuántos, menos no sé qué otros, estoy distraída y no llevo la cuenta) no me produce ni sorpresa ni pesar. El magistrado

deja flotar el eco del veredicto en el imponente silencio de la sala. Nada de todo eso me importa. Lo único que me acongoja es la petrificada ausencia de Antonio, cuya mirada no consigo rescatar del vacío. Ahora que no estaré yo, me asusta que haya recaído en otro episodio de su delirante vicio por las muchachas enfermas sin carne que ofrecer.

“La acusada será conducida inmediatamente a prisión, donde quedará recluida para cumplir su condena”.

Siento cómo me agarran los guardias civiles de los brazos, que sus manos apenas llegan a abarcar, y me sacan por la puerta de reos camino del furgón. Hasta perderlo de vista sigo con los ojos a Antonio, sentado en primera fila. Pero él no me devuelve la mirada.

Julián Granado Martínez, médico en ejercicio, nació en Nerva (Huelva) y reside en Sevilla.

Cuenta con algunos premios de narrativa breve, como el “Barro” de Sevilla, el “Ciudad de Isla Cristina”, el “Justo Vasco”, el “Antonia Cerrato”, el “Incrédulos de Casablanca”, el “Álvarez Tendero”, el “Hoguera Maisonnave”, el “Hombre Delgado” de Ediciones Rubeo, el “Fuentes de la Edad” o el “Villa de Navia”; y premios de novela, como el “Giralda Local”, el “Salvador García Aguilar” de Rojas, el “Alhóndiga Villa de Chiva”, el “Encina de Plata” de Navalmoral de la Mata o el “Ciudad de Salamanca”

Tiene varias novelas publicadas: *Mendizábal, el caballero Neto* (Editorial Almuzara), finalista del Premio Fernando Lara 2006; *De Humanidad y polilla* (Editorial Anagrama), finalista del Premio Ateneo de Novela de Sevilla 2008; *El fajín del Virrey* (Editorial Almuzara), finalista del Premio Ateneo de Novela de Sevilla 2010; *La*

infancia desdichada de Seoane (Editorial Paréntesis, 2012); *Ceguera nocturna* (Colección Al-Mutamid, Premio Giralda, 2015); *La inocencia del aceite* (Editorial Aguaclara, Premio Salvador García Aguilar, 2015); *Los entresijos* (Editorial Denes, Premio Alhóndiga Villa de Chiva 2016); *Plaga de silencio* (Editorial Leibros, 2017); *Un mundo aparte* (Editorial Premium, 2018, XI Premio de Novela Corta “Encina de Plata”); *El complot Canalejas* (Ediciones del Viento, Premio de Novela Ciudad de Salamanca, 2019).

El anillo de Jarabo

Beatriz Osa Fernández

Apesta. Da igual cuando leas esto, pero apesta. Apeataba antes de su muerte y apesta más ahora, pese a que he dejado la puerta abierta mientras me cuelo chabola adentro, sorteando como puedo el síndrome de Diógenes que sufría este pobre desgraciado. Todavía guardaba las Interviús de los setenta, con lo que me encomiendo a mi desgastada suerte para tropezar con esa Pepa Flores excelsa que nos mostraba una fina línea de sol sobre su pecho descubierto. Ay, esa marca de bikini, suspiro, mientras bajo mis pies cruje quién sabe qué. El hogar del Churrita está tomado por la mierda, las termitas y la humedad. Y apesta como si estuvieras en el epicentro del estercolero de Valdemingómez.

Sé que lo encontraré coronando alguna de las escarpadas

montañas de inmundicia que salpican este agujero del sector 6 de la Cañada Real, en el que ni los yonquis del poblado se meten desde hace años. Pillar un gramo al Churrita era jugársela; por el mismo precio —los 45 euros con descuento de la casa—, podías pillar tifus, gonorrea o hasta el puto virus ese... Bendito sea, todo hay que decirlo. ¿Cómo íbamos a saber que una partícula microscópica nos haría aún más invisibles? Aquí en la Cañada no entra nadie desde mediados de marzo, ni tan siquiera para recoger a los que la han palmado; unos, tosiendo el bicho agarrado a sus pulmones; otros, con el mono aferrado a sus entrañas. La droga escasea últimamente, sin que nadie ondee banderas ni golpee cacerolas con furia por el genocidio de nuestros viejos, que también los tenemos, con sus venas carcomidas, sus bocas desdentadas y sus neuronas dependientes. Muertos en vida, veteranos de una batalla que siempre ganan los clanes, incluso en una pandemia. Son indestructibles, aunque estos meses apenas lleguen cundas y la clientela sea toda de la casa: los mismos de siempre moviéndose en corrientes circulares, de la *roulotte* a la caseta de obra ida y vuelta. El “circuito yankie”, lo llaman; y debe ser por eso que venden la droga como si hubiera cruzado el puto desierto de Sonora o sobrevivido a un paseo por la calle Fremont de Las Vegas, sin caerse del culo de una mula, o como si la bolsita de coca estuviese lacrada con la antorcha de la estatua de la Libertad. Freedom a tope de gama, el mejor viaje que puedas

conseguir durante un estado de alarma. Vamos, lo que ni de lejos vendía el Churrita, que con lo suyo bien te podías alicatar el sistema circulatorio con un simple barrido nasal. Tiza de la buena, decía el muy cabrón.

Que el patriarca de Los Gordos lo tenga en su gloria. Porque ahí está, muerto y rematado en su propia mierda, que apesta y me obliga a dar de sí el cuello de la camiseta para meter la cabeza dentro y huir del hedor. Ni una FFP3 serviría de barrera en este momento. Pero me han pedido que dé fe del finado, que certifique que no se levantará de nuevo como si temieran que fuese a resurgir de sus cenizas, y en ello estoy, dándole casi la extremaunción. Se me escapa una carcajada sólo de imaginar al Churrita, al que veo ahí tirado con un boquete en el estómago, convertido de repente en el Ave Fénix de la Cañada. La visión me alarga un poco más la carcajada: levita, con los brazos picados en cruz y el gesto extasiado mientras se fuma un ‘nevadito’ de coca, mientras sus vísceras cuelgan a modo de observatorio directo con el nirvana. Para cuando vivamos de lleno en la nueva normalidad, esa podría ser una atracción de la hostia, reflexiono, por mucho que en este negocio no triunfen los visionarios sino los mundanos y los reemplazables. Al fin y al cabo, el Churrita era el último de una estirpe de policatadores y el martes habría cumplido los 66.

No hay nada raro, le digo al Migas por teléfono —cuentan que le gusta mojar en todas las salsas, y quizás eso lo explique todo—. Que no... A ver, joder, define limpio, porque esto es una puta pocilga. Te estoy diciendo que está reventado y que sí, que es él, que le conozco desde hace más de cuarenta años y es él. Le falta el meñique, tiene un mordisco de rata en la oreja y el ojo de cristal asoma amarillento por debajo del párpado. Nunca ha parecido más un churro que ahora mismo... Y yo qué sé, qué más da, si el mote se lo pusieron de pequeño y de los suyos no queda nadie. Si quieres te llamo a los de la científica y que se den un rulo a ver qué encuentran.

Me ha colgado. Este se cree que está en una serie de televisión y que es el jodido Walter White, por lo que me va a tocar hacer el doble chequeo igualmente. La última vez que les dije que a partir de ahora les haría un *fact-check*, por darle un plus de post verdad al servicio, qué sé yo, me miraron como si fuera gilipollas. Resulta que no soy el único que ve algo más que OTs, GHs y Salvamés. Así que tendré que darle otra vuelta a mi modernización y recurrir a clásicos como el método Avon, el puerta a puerta de toda la vida, que en mi caso me lleva hasta la cantina. Sorprendentemente, es uno de los antros más limpios de este purgatorio, salvo por el baño, donde ni con candado logran que al final del día no aparezcan despojos de papelinas, chustas o

papel Albal, que hay que tener ganas. Si incluso el Luisma dejó hace unos años que entrará en el local una cámara de televisión para que grabasen un cónclave de patriarcas en el que se debatía, pitillo en boca, el futuro desalojo del sector 6, que entonces era inminente. Incluso los de Madrid tenían un plan de urbanismo: habían censado a los vecinos, previsto los realojos en viviendas protegidas y calculado cuánto tardarían en demoler las construcciones hechas de metal, cartón y argamasa. Recuerdo que de aquellas también el Churrita soñaba con poder retirarse. Pero aquí seguimos, todos menos él, *in the ghetto*.

Si supiera algo más te lo diría, si ya me conoces, me suelta con su misma jeta de siempre el Luisma. ¿Te pongo un pinchito al menos?, me tantea, mientras pienso que ese debe ser el arma más letal que tiene en el bar y de un barrido descarto el escaparate de sobras de antes de ayer. Tronco, que aquí nadie ha cogido la salmonella en décadas, que te veo la cara y te has vuelto un melindres. Al menos otros no hacen ascos cuando vienen a pedir algo. Porque luego querrás saber quién se quedó con el anillo...

Mierda, era eso. El puto anillo. Cualquiera diría que estoy perdiendo facultades porque no he mirado la mano del muerto, de este muerto. Ahora bien, ya me puede esperar el Churrita si algún

día resucita, que lo reviento poro a poro, que nunca me habría tenido que fiar de su te juro y te perjuro, Andrésín, que no te preocupes por nada, que si la palmo todo estará controlado. Y aquí estoy ahora, con el lerdo del Luisma mentando lo innombrable. Que qué sabrá este del puto anillo, me digo para mí, que sí lo sé todo. Como que el Churrita tenía muchas más papeletas que yo de morirse antes —de un mal pico, de su mala salud o de un mal tiro, que a los hechos me remito—, y a eso me agarré salvo porque olvidé con quién estaba tratando. En su caso, eso de ser el hijo de puta mayor del reino sería regalarle los oídos. La primera vez que me comí trena por su culpa tenía yo los 15 y él los 23. Es el primer recuerdo nítido de los dos, por lo que deduzco que en el resto de encuentros yo no estaría sobrio. Tampoco, aunque he hurgado en la memoria, sé ni cuándo ni cómo ni por qué decidió tutelarme. Sólo recuerdo que me inició en la Albufera, a la altura del parque Payaso Fofó, en lo que él llamaba el Tyrone Power, por dárselas de cinéfilo, y que no era más que el tirón de bolsos de toda la vida. Y en una de esas fue cuando me dejó vendido, a unos metros del ayuntamiento de Puente Vallecas, atrapado por una mujer titánica que me aferraba con un brazo mientras gritaba de dolor pues el otro se lo había dislocado el Churrita con el tirón que le dio, sin darme tiempo a reaccionar. Yo era el botín de esa señora. Y, pese a todo, siempre volvía al lado del Muy Cabrón —como prefería llamarle—,

porque me colaba en el fondo del Rayo, en el sol y sombra de Las Ventas, y en los conciertos de la sala Canci. Tengo que reconocer que sin el Churrita yo no habría sido el Pureta. Tampoco estaría metido donde estoy ahora.

¿Dónde estará el puto anillo? Sé que el Luisma no lo sabe, porque no estaría jugando a las adivinanzas conmigo, pero algo ha tenido que oír, fijo. Y me lo vas a decir si no quieres que te marque los dientes en esta grasienta encimera, le amenazo, que sólo eres el camarero de la Cañada y esta historia te va a quedar grande, que te lo digo yo, confía en mí... Mejor salirse antes de que repartan las cartas, le suelto, como si lo siguiente fuera pedirle una zarzaparrilla. Así que a ver, dime, qué es eso que has oído sobre el anillo... Y no me mangonees, Luisma...

El golpe me pilla mirándole a los ojos y me tira por tierra a mí y a mi teoría de que podría distinguir a cualquier atacante que me sorprendiese por detrás con tan sólo ver el reflejo en la pupila de otro. Una soberana estupidez. Caigo fulminado. El latigazo me atraviesa el cráneo, las vértebras y me retumba entero, cual campana. Te han dado una buena hostia, Pureta, me digo con indulgencia, pues sabía que algún día tendría que pasar. Y me fundo en negro.

Escena tres. Escenario uno. Interior de la casa del Churrita. Apesta y sé que estoy encima de él, apilado sobre este tipejo de mierda que predijo que si caía él, caería yo. Así que espero a que el otro hable. Es el único en este cuarto con potestad para hacerlo. Al igual que yo, ha esperado su turno durante todos estos años, con la diferencia de que él ha decidido acelerar la partida, comerse una ficha y llegar a la casilla de salida sin dejarme una tirada más. Qué hartazgo de reglas y qué manía tenemos algunos con cumplirlas. Echando cuentas, ese puto anillo es más mortífero que el de Tolkien. Desde que Beryl Martin Jones se lo dio a Jarabo en el 57, no ha parado de correr la sangre: una criada, un prestamista, su mujer embarazada, un ajusticiado en el garrote vil, el policía que lo birló de entre las pruebas, su mujer que se lo dio a su suegra, quien justo iba a venderlo el día en el que el Churrita le dio el tirón. Era 1977 y el Muy Cabrón no lo ha soltado ni un día. Era su puto tesoro, aunque nos muriésemos todos de hambre por el camino. Primero él, luego yo y, por último, el nieto de los cojones, el heredero de la tironeada, que se hizo yonqui para recuperar lo que creía merecer, como si los ladrones tuviesen principios. Y a la vista está que no. Que ha sido capaz de embaucar al Migas para que se cobrase una deuda absurda del Churrita, que apenas le debía mil pavos, y de paso usarme a mí para chequear su muerte. Qué mejor que llamar al Pureta, que le

conoce bien, le diría. Y aquí estoy jodido por culpa del mismo de siempre, encima de él y sin poder moverme, oyendo el trajinar de la grúa de fondo. Porque resulta que el Muy Cabrón dejó por escrito que derribaran su chabola en cuanto palmase, y por una vez los del ayuntamiento se han dado prisa. Será que nadie les ha dicho que hay dos cuerpos aquí dentro. Será que les da igual. Será que el confinamiento, definitivamente, no nos hará mejores.

Beatriz Osa Fernández. Soy periodista, veterana en la Sexta y editora de Expediente Marlasca. Justo antes de decretarse el estado de alarma publiqué con la editorial Al revés mi primera novela, un true crime: ‘Olor a muerte en Pioz’. Ahora me encantaría pegar el salto a la ficción, pero todavía estoy dando mis primeros pasos; como muestra, este relato. He de confesar que, al igual que en el periodismo de sucesos, en el que he pegado un acelerón en cuestión de cinco años, soy una iniciada en la novela negra, en la que me he sumergida de lleno en tiempo récord, disfrutándola muchísimo, la verdad. Como apunte extra, soy madrileña, de Vallekas.

Campeones de Europa

Felipe de Luis Manero

Me llamo Juan Zaldívar y siempre cumplo una apuesta. Esa es la contraseña que utilicé la otra noche en el Chicago. Eran las seis, aún no había amanecido y hacía un frío del carajo. La puerta era metálica y pesada, llena de herrumbre y suciedad, de un color ocre poco agradable a la vista. Allí no había ni mirilla ni nada por el estilo como en las películas.

El gorila que me abrió estaba rapado y tenía los ojos azules. Me sorprendió porque una nunca espera que un matón tenga una mirada bonita. Al entrar me topé con una hilera de mesas escuetas y redondas, como en uno de esos deprimentes locales de citas rápidas, donde los desconocidos van saltando de una a otra en busca de su media naranja. Había sillas de terciopelo rojo y una tenue iluminación naranja que apenas lograba superar la penumbra. Olía bien, a incienso y sales de fruta. De todos los antros de mala muerte de los suburbios de Bilbao en los que he estado (y han sido unos cuantos), sin duda este era el más

acogedor.

En una mesa vi un cincuentón con bigote acabado en punta, un monóculo en su ojo derecho y un inverosímil sombrero de copa. En otra había un extraño trío formado por dos gemelas asiáticas ataviadas con ceñidos petos de cuero y portando alargados y amenazantes látigos, y un enano albino que lucía con orgullo el uniforme suplente del Alavés. Vi además a un negro descomunal contoneándose con gracia al ritmo de la música de Kortatu. Sus piernas, desnudas y fuertes como martillos, se erguían imponentes sobre unos elegantes zapatos de tacón. Desde luego, no era el tipo de gente que invitarías a la comunión de tu sobrino. Esa pandilla de tarados había elevado las apuestas deportivas a un nuevo nivel: además de dinero, allí se apostaban vidas.

Al fondo de la sala, en la última mesa, se adivinaba la silueta de un hombre enjuto y encorvado. Tenía que ser el viejo Jon. Decían que era el que mejor pagaba pero también que Hannibal Lecter a su lado era un beatillo sin demasiadas pretensiones. Me acerqué tan decidida como lo puede estar una mujer de treinta años puesta de ácido hasta las cejas y que lleva más de 24 horas sin dormir. Me recibió con una sonrisa perturbadora, diría que casi paternal. Ese tío debía tener 80 años como mínimo y en el cara a cara acojonaba como si fuera un gladiador: un par de dientes sueltos en la boca, la cara sucia, los ojos grises. Decían también de Jon que se había metido tanta coca en toda su vida que ya no le afectaba

en absoluto. Su mandíbula parecía no estar de acuerdo.

Su propuesta me pareció una locura, pero acepté. Necesitaba la pasta. Y además, ¿qué posibilidades había de que esos desgraciados ganasen la Champions? Habían echado al entrenador que había reflatado al equipo, habían cambiado a media plantilla y les había tocado en el grupo de la muerte. Tildar su victoria de imposible sería demasiado benévolo.

Aun así debía estar preparada, por si las moscas. Elegí mi víctima al azar, ese era el trato. Me decanté por un calvo cincuentón que arrastraba los pies con el esfuerzo del pastor que arrastra dos pesadas mulas reticentes a avanzar y que en lugar de axilas tenía gigantescos planetas de mugre y sudor. Nunca he soportado a los calvos. Transmiten una candidez extrema que de algún modo pone de manifiesto nuestros pecados. Son falsos santos que nos hacen parecer demonios. Y son feos. Eso también.

Fui al estadio a ver el primer partido. La gente estaba ilusionada por el último fichaje. Un robusto delantero de Hernani con orígenes checos llamado Milton Bubeck, que se definía como discípulo de Kafka y que había resumido su vida de esta forma a la prensa cuando llegó: “No tengo padres ni hijos, solo un balón y un destino”. Me acojoné: todo era tan absurdo que podía funcionar.

El equipo, inexplicablemente, pasó a octavos: unocerismo como

forma de vida, un tráiler en la frontal del área como escudo y Bubeck cazando goles con la desesperante indolencia de un turista aburrido. La cosa se estaba poniendo fea. Si el equipo avanzaba en el torneo, yo tenía que hacerlo en mi plan. Estudié a fondo la rutina de mi hombre: trabajaba en un aseguradora, soltero y sin hijos, sin más vida social que la visita semanal a su madre en una siniestra residencia. Una existencia prescindible.

Esos cabrones terminaron llegando a la final. Pasaron todas las eliminatorias en penaltis, con Bubeck marcando siempre el lanzamiento decisivo. Jon me llamó para recordarme lo que me pasaría si no cumplía con mi parte. Y no daré detalles, solo diré que mi concepto de tortura se amplió notablemente.

Hoy se juega la final. Me despierto con los Clash atronando los cristales de mi ventana. Todo el vecindario está excitado por el partido. Los tambores de mi pecho también anuncian jarana. Me calzo las Dr. Martens negras, me meto dos rayas y me lanzo al bar de Joe. Que sea lo que Dios quiera.

Juegan mal, muy mal, pero vuelven a ganar. Bubeck marca con la mano en el minuto 5 y ni siquiera hace ademán de celebrarlo. Después, los once jugadores se instalan en su área sin ningún tipo de pudor. Hora y media de resistencia y ya está. Son campeones de Europa.

Bebo de un trago mi cerveza y salgo a la calle. Voy en sentido

contrario a todos. Les miro con asco. No todos tenemos algo que celebrar esta noche. Llego al número 4 de Somera, subo los escalones de dos en dos, saco la pistola y llamo al timbre. Me abre en pijama. Sus ojos están vacíos, sus labios marchitos y su calva brilla en la oscuridad.

En la televisión aparece Bubeck. Su melena rubia y rala cae sobre su rostro. Se acerca al micrófono:

—No estoy emocionado, ha pasado lo que tenía que pasar.

El Athletic es campeón de Europa.

Felipe de Luis Manero. Nació en Madrid pero ahora reside en Galicia. Periodista, escritor y *podcaster*. En septiembre publicará ‘Sito Miñanco, presidente’, proyecto que ya ha sido galardonado con el premio Café Bretón.

